

JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

Carta a Eduardo de La Barra¹

[Buenos Aires, mayo de 1865.]

La libertad del espíritu se manifiesta aquí de mil maneras, sin restricción de ningún género, pues no se puede considerar como tal el uso que a su turno hacen los católicos de su propia libertad para anatémizar o discutir una doctrina, o alguna medida que afecte sus creencias. No hay partido católico que haga política, o que recurra a los amaños y los intereses de círculo para dar fuerza al anatema, o para desvirtuar la discusión, convirtiéndola en riña, en guerras de partido o en ataques rabiosos a una personalidad.

Francisco Bilbao, nuestro compatriota, aquel filósofo profundo, gloria de América, que ultrajan los clérigos de Chile y que insultan hasta los *liberales* de allá, tratándole de loco en la *República*, y tratando de borrar así una de las mejores glorias nacionales, Francisco Bilbao, muerto en la flor de su edad, dio aquí varias veces ocasión a manifestaciones espléndidas de aquella libertad y de esa elevada ilustración de los argentinos, que ojalá nunca decline y se mantenga siempre en vigor.

Más filósofo que político, educado en Europa al lado de los más eminentes demolidores del poder invasor de la curia romana; habiendo visto allí en toda su lúgubre deformidad ese poder, luchando contra la libertad de aquellos pueblos y sofocando con su acción mortífera la independencia del espíritu humano; habiendo sido él mismo en su niñez víctima de la intolerancia ultramontana en su patria, se consagraba con preferencia a las cuestiones religiosas y las sublevaba a menudo

¹ Esta carta de José Victorino Lastarria, fechada en Buenos Aires en mayo de 1865, fue reproducida fragmentariamente por el mismo Eduardo de la Barra en las páginas finales de su *Francisco Bilbao ante la sacristía*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1872, pp. 94-96, de donde la hemos tomado.

en Buenos Aires, como si aquí hubiera tenido al frente a ese enemigo que él había combatido en Chile y que en Europa había detestado. Pero sus obras cuando más suscitaban una pastoral² o alguna contestación razonada³, las cuales no hallaban pasiones que incendiar, ni interés político que poner a su lado. Todo pasaba en paz, y el mejor efecto de la contradicción era allegarle nuevos discípulos y facilitarle el modo de formar una escuela que le ha sobrevivido y que lleva su nombre, haciéndose el mejor baluarte de la libertad de pensar y de aquella elevación en la discusión de este género de cuestiones.⁴

Entre tanto, nadie pensaba aquí, ni el clero mismo, que la religión católica sufriese mengua, ni que la dignidad del sacerdocio se abatiera con el razonado examen y la libre expresión del pensamiento de que hacen uso los escritores. La paz de la familia seguía inalterable, las creencias religiosas continuaban en pacífica manifestación, y aquellas polémicas del filósofo chileno no salían de los dominios elevados de la prensa. Y todo eso porque afortunadamente no hay en esta tierra partido jesuita que quiera *catolizarlo*, o mejor dicho, *curiarizarlo* todo a troche y moche.

Así pues, no es extraño que Bilbao se mantuviese siempre dueño de la estimación y del respeto de todos, a pesar de sus doctrinas religiosas, sin que nadie le hostilizara como hereje ni le compadeciera como loco, ni le presentase como blanco del odio y de la execración de los creyentes. Su muerte ha sido sentida sinceramente y en sus funerales he visto una mayoría inmensa de católicos, que no han rehusado mezclarse con los discípulos del filósofo, ni han ocultado las lágrimas que han hecho verter los últimos con las sentidas palabras que dirigieron a la memoria del amigo.

Nada más noble que los últimos momentos de Bilbao. Estuve con él largas horas en la última noche de su vida. Sólo estaba acompañado de su incomparable esposa y de un fiel amigo, cuando, estirándome su ardiente mano, me dijo: “Esta noche muero; hábleme Ud. de la muerte”...

Estaba sentado en un sillón al lado de su cama. Hablaba muy poco y en voz baja. Nunca más bello que entonces. El blanco transparente de su cara contrastaba con el negro de su profusa cabellera, y dibujaba sobre sus anchas sienes y sobre sus largos párpados las ondulaciones de sus venas sutiles y azuladas. No estaba abatido. Su semblante revelaba todavía el fuego y la entereza de su espíritu.

Bilbao no era de esos hombres que viven aborreciendo la vida y deseando la muerte, para temblar en su presencia. En ese momento me decía que él jamás se había imaginado un misterio

² Alusión a la Pastoral del obispo de Buenos Aires, don Mariano José de Escalada y Bustillos Zeballos, expedida el 24 de septiembre de 1862 contra “el mortífero veneno” de *La América en peligro*, publicada en Buenos Aires el 4 de agosto de 1862.

³ Alusión a José Manuel Estrada, *El catolicismo y la democracia. Refutación a La América en peligro del señor D. Francisco Bilbao*. Imprenta y litografía a vapor de Bernheim y Boneo, Buenos Aires, 1862.

⁴ Referencia al *Club Racionalista* y al diario *El Racionalista* de Buenos Aires redactado por Isiaias Rodríguez y Amadeo Errecart.

aterrador en la muerte y que creía que en la eternidad el espíritu adquiriría todo su desarrollo. “Lo que hace sensible la muerte, agregó, es lo que se deja a acá. Yo sufro al dejar a mi mujer y siento un dolor inconsolable al morir sin ver a mi Chile, a mi patria, a quien hubiera consagrado mil vidas... Dele Ud. mis adioses!... ella será mi última palabra. ¡Un favor! Que me entierren envuelto en el tricolor chileno!”...

Y así se hizo. La bandera de Chile fue su mortaja y cuando yo veía sus pliegues conmovirse con la brisa al depositar el ataúd en una bóveda de la Recoleta, me imaginaba que aún palpitaba de amor patrio el corazón de mi amigo.